"Amé Cada... (Viene de la E 1)

taba tras la escena. Neruda se compró un sitio a los pies del cerro San Cristóbal y comenzó a construir "La Chascona".

"Isla Negra", que ya existía, es según palabras de la propia Matilde donde "se siente más la presencia de Pablo". Neruda creía que los objetos guardaban el espíritu de las personas y que un día cuando él se fuera su espíritu estaría ahí en los objetos que él tanto quiso y buscó. También cerca del mar se levantó "La Sebastiana" en Valparaíso encaramada por sobre los cerros. Hoy en día está en completo desorden luego de que fuera saqueada y dañada por los terremotos que han azotado ese puerto.

En la soledad de Java

En el extraño mundo de Oriente conoció a su primera esposa, la holandesa residente en Java, María Antonieta Agenaar, Maruca, como la conocieron aquí en Chile. Este matrimonio fue, al parecer, producto de la soledad que vivió el poeta en Oriente. Pero con ella tuvo su única hija.

En Madrid en 1934 nació Malva Marina, una niña hidrocefálica que murió a los ocho años de edad en Holanda. Neruda nunca pudo aceptar la enfermedad de su hija y es una etapa de su existencia que bloqueó. Ana María Díaz recuerda la gran felicidad que fue para el poeta la noticia del embarazo de María Antonieta. "Incluso Federico García Lorca le escribió unos poemas a esa niña, antes de saber de su enfermedad, poemas que nunca se publicaron".

Con Delia no tuvieron hijos porque cuando se conocieron él tenía 30 y ella ya estaba en los 50 años. Matilde, por su parte, perdió tres embarazos, incluso uno de siete meses.

"Chascona y enmarañada mía"

Estando casado con Delia del Carril (la Hormiguita) en 1952 compró un terreno en el barrio de Bellavista colindante con el zoológico. Inició la construcción de la casa que servirá para el amor clandestino que vivieron Pablo Neruda y Matilde Urrutia, entre 1949 y 1955. Ese año se separó de la Hormiguita y se fue a vivir a La Chascona, alejamiento que recuerda en forma escueta en sus Memorias: "Me separé definitivamente de Delia del Carril. Construí mi casa 'La Chascona' y me trasladé a vivir en ella con Matilde Urrutia".

La edificación se inició en 1953 con el dinero que obtuvo del premio Stalin de la Paz. El hall de distribución es curiosamente el patio. "Tres arquitectos" intervinieron en esta obra: Germán Rodríguez Arias, Carlos Matner, y Pablo Neruda que cambió los planos a su antojo. Una característica que siempre se repite en la "arquitectura nerudiana" es que sus casas se adaptaban a las puertas y ventanas que encontraba en sus incursiones cachureras. Todo fue hecho en forma barata con la ayuda de maestros chasquilla.

Sobre esta casa, Neruda escribió en el Memorial de Isla Negra: *La piedra y los clavos, la tabla, la teja se unieron: he aquí levantada/la casa chascona con agua que corre escribiendo en su idioma,/las zarzas guardaban el sitio con su sanguinario ramaje/hasta que la escala y sus muros supieron tu nombre/y la flor encrespada, la vid y su alado zarcillo,/las hojas de higuera que como estandartes de razas remotas/cernían sus alas oscuras sobre tu cabeza,/el muro de azul victorioso, el ónix abstracto del suelo,/tus ojos, mis ojos, están derramados en roca y madera/por todos los sitios, los días febriles, la paz que construye,/y sigue ordenada la casa con su transparencia.*

En esta casa, edificada en niveles, también se nota la obsesión de Neruda por el mar. En el patio se puede ver el símbolo, bandera y ex libris del poeta pintado por Héctor Herrera.

Como casi todo, las pinturas también abundan; buena parte de ellas corresponden a naturalezas muertas. La gran mayoría de los otros cuadros son regalos de sus amigos, quienes tenían la "obligación" de llevar una pintura para su cumpleaños, ocasión que siempre festejaba profusamente durante un mes. "Cuando cumplió cincuenta los celebró durante un año porque decía que medio siglo era demasiado importante", según recuerda Ana María Díaz, profesora de castellano que trabaja en la Fundación Neruda, entidad que vela por la obra y pertenencias del poeta.

Sin duda, Neruda era un gozador de la comida y los tragos. A la historia ha pasado su "Coctelón" que preparaba y servía a sus amigos como preámbulo a cualquier reunión.

Esta casa como otras de Neruda está llena de recovecos y de escondites. En la Chascona precisamente existe una puerta secreta en el comedor. Se trata de un ropero, uno de cuyos lados guarda loza inglesa, mexicana y rusa, y el otro es la entrada a una habitación en el segundo piso adonde Pablo Neruda se escapaba de sus amigos para dormir siesta, momento del día que no perdonaba. Este altillo fue usado con posterioridad por Matilde cuando quedó viuda. Ahora acoge al archivo fotográfico de la Fundación.

Su fervor por el mar también se observa en los muebles de barco que se encuentran repartidos por esta casa. En el altillo hay recuerdos y fotografías del viaje a los 23 años como cónsul al Oriente, donde según se sabe lo pasó bastante mal por problemas de incomunicación y de estrecheces económicas. Allí aprendió inglés a la perfección, lo que con posterioridad le permitió traducir a Shakespeare entre otros autores ingleses. En esos inhóspitos lugares escribió los desgarradores poemas de *Residencia en la tierra*.

Bajo el cerro, saliendo del somnoliento escondite, hay una curiosa habitación dentro del cerro, muy helada, donde Matilde y Pablo hacían la siesta en el verano. Ahora la Fundación hizo una bóveda donde guardan manuscritos y otros documentos de valor.

Las residencias del poeta son sumamente nerudianas, pero muy poco prácticas. En la Chascona el living está en lo alto del sitio y lejos del comedor. En los días de lluvia los invitados tomaban el aperitivo arriba en el living y después bajaban las empinadas escaleras, ya con el coctelón en el cuerpo, con paraguas de colores y cantando.

Justo detrás del estar pasa una acequia. A Neruda le encantaba oír cómo corría el agua, prefería los sonidos naturales antes que la música. Esa misma acequia que inundó la casa para los funerales del vate.

En ese living llama la atención un retrato de Matilde Urrutia pintado por el pintor mexicano Diego Rivera, durante su visita a Chile en 1953 al Congreso Continental de la Cultura organizado por el propio Neruda. En esa época Matilde era su amante y él le decía Rosario para no dar su verdadero nombre, de ahí que el cuadro esté dedicado a Rosario. En el pelo rojo de Matilde se puede descubrir el perfil de Neruda pintado por Rivera.

El origen del nombre de esta casa se encuentra en que los italianos le decían a Matilde "la medusa" por su pelo ondulado y colorín. Lo que inspiró a Neruda a llamarla la Chascona. "*En Italia te bautizaron Medusa por la encrespada y alta luz de tu cabellera y yo te llamo chascona y enmarañada mía, mi amor conoce las puertas de tu pelo*".

La cantidad de objetos que Neruda atesoró es simplemente gigantesca. Algunas piezas son verdaderas joyas, pero la gran mayoría son sencillos elementos, que ahora ostentan el valor de haber pertenecido al poeta. En un rincón del living están las muñecas que Neruda ponía a los pies de su tina. Y cuando sus amigos le preguntaban por qué tienes esas muñecas en el baño, él decía: "porque me gusta bañarme rodeado de mujeres".

Si las casas de Neruda son **lúdicas**, con puertas secretas, altillos, accesos difíciles, más **lúdico** aún es su afán por los objetos que en verdad son sus juguetes de niño grande. Son tantos que nunca se acabarían de enumerar. Titánica tarea la de inventariar las cosas del poeta.

Pablo Neruda en París, 1949.

Al subir hacia el dormitorio principal que se ubica en el segundo piso se halla un collage hecho por Mario Carreño que representa un cumpleaños de Neruda. En él aparece Neruda como rey, Matilde de minifalda y también los amigos más cercanos: Mario Toral, Laura Reyes, María Matner, Jorge Edwards, Volodia Teitelboim, Juvencio Valle, Manuel Solimo, Nemesio Antúnez, Flavián Lewin, Mario Carreño, Homero Arce, amigo y secretario de Neruda, y la Guillermina, uno de sus mascarones preferidos.

La biblioteca personal

Donde estaba el dormitorio principal hoy se encuentran todas las primeras ediciones de los libros que escribió. Entre ellas destacan exóticas ediciones orientales y la primera del *Canto General* ilustradas por Siqueiros y Rivera. Fueron 300 ejemplares para suscriptores firmados por los tres artistas. Neruda, que ha sido editado en 35 idiomas, es considerado el *poeta* más traducido.

"A Neruda —recuerda Ana María Díaz— le gustaba regalarse en sus cumpleaños, él quería publicar siete libros cuando cumpliera los 70 años, pero murió a los 69 años; por eso quedaron varias obras que se publicaron en forma póstuma, como sus memorias *Confieso que he vivido*. Matilde Urrutia hizo además publicar artículos, discursos de nerudiana dispersa".

El era un exquisito de sus propios libros, le gustaba que fueran lo mejor; como señala la profesora, "amaba el contenido y el continente".

En otro nivel, más alto aún que el estar y dormitorio, se encuentra la biblioteca que reúne los volúmenes preferidos del poeta, los que utilizaba para documentarse. Poco antes de ingresar a ella hay un mural hecho por su amiga María Martner que fue dañado por el terremoto.

Le gustaba sentarse en el balcón a mirar los pájaros. Hacía flores de papel crepé y las amarraba a botellas de colores, las que contenían un líquido azucarado, y las colgaba en los árboles para atraer a los colibríes. En este nivel también hay un bar, lugar considerado por el poeta como el mejor para estar con los amigos.

La biblioteca personal de Neruda, dividida por temas y países, cuenta con una sección sobre historia de Chile, con especial énfasis en todo lo relacionado con el mar. No había motín ocurrido en las costas de nuestro país que él no conociera.

En sus memorias reconstruye la primera vez que vio el mar de la siguiente manera: "*Cuando estuve por primera vez frente al océano quedé sobrecogido. Allí entre dos grandes cerros (el Huilque y el Maule) se desarrollaba la furia del gran mar. No sólo eran las inmensas olas nevadas que se levantaban a muchos metros sobre nuestras cabezas, sino un estruendo de corazón colosal, la palpitación del universo*".

Hay numerosos textos valiosos como la Enciclopedia, de los racionalistas franceses, edición original. Se encuentran primeras ediciones de Rimbaud, Baudelaire, Flaubert. De Paul Eluard hasta la novela policial de Simeone, incluyendo novelas rosas. Neruda leía inglés y francés perfectamente bien.

Hay libros de antigua poesía francesa incunable. Clásicos de la literatura rusa, pero escrita en francés. De literatura italiana hay en abundancia sobre Petrarca y Dante; el poeta persiguió *La divina comedia*, hasta que obtuvo una edición crítica de 1529. De Estados Unidos colman los estantes los libros de Walt Whitman, Melville, escritores del mar, también de Edgar Allan Poe. De literatura inglesa hay en cantidad textos de Shakespeare. De España muchas ediciones anteriores al siglo XVI: La Araucana, Novelas ejemplares, El Quijote, y otras de Quevedo y Góngora.

Muchos de los libros que forman su biblioteca los recibió de regalo. Por ejemplo, a uno de la primera edición de *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez añadió la siguiente dedicatoria: "Ratificado el día en que a Pablo lo nombraron rey de Suecia con toda la envidia, Gabriel". Años después, en 1982, García Márquez también sería coronado "rey de Suecia".

La Sebastiana, una torre en Valparaíso

La miel, bienamada, la ilustre dulzura del viaje completo,/y aún, entre largos caminos, fundamos en Valparaíso una torre,/por más que en tus pies encontré mis raíces perdidas/tú y yo mantuvimos abierta la puerta del mar insepulto/y así destinamos a la Sebastiana el deber de llamar los navíos/y ver bajo el humo del puerto la rosa incitante,/el camino cortado en el agua por el hombre y sus mercaderías, escribió en el Memorial de Isla Negra.

Sus amigos recuerdan con alegría las fiestas en esa casa, en especial las de Año Nuevo. Esta vivienda fue edificada sobre la de Francisco Velasco y María Martner, a un costado del teatro Mauri.

Esta casa, ubicada en el cerro Florida, les servía para quedarse cuando iban en sus incursiones a buscar más y más objetos. Valparaíso era un buen lugar donde encontrar las más diversas cosas, producto del desguace de algún barco o simplemente adquirir materiales de construcción. Matilde Urrutia recuerda en su libro *Mi vida junto a Pablo Neruda*, "nos íbamos a Valparaíso, a sus grandes ferreterías: era una fiesta ver los tornillos, las bisagras, las chapas, clavos grandes y pequeños, poderosos pernos que sostendrían nuestro techo".

Recuerdan a Pablo Neruda

● Son muchas las personas que estuvieron con el vate, y para cada una de ellas el momento que compartieron con el poeta es inolvidable. Un amigo de la infancia y poeta, dos artistas, un fotógrafo y una amiga de los años de juventud recuerdan al segundo Premio Nobel que tuvo nuestro país.

Juvencio Valle

Juvencio Valle, poeta de 89 años, próximo a los 90, es una de las personas que conocieron a Pablo Neruda en su niñez. A este amigo Neruda le dedicó también un poema en el Canto General.

"Conocí a Pablo en Temuco cuando él tenía cinco o seis años y yo unos diez. Estábamos en preparatoria en el Liceo de Temuco. Yo llegué con tres meses de atraso a clases; siempre me ocurría eso, lo que me hacía mucho daño porque no conocía a nadie. Lo mismo le había sucedido a otros estudiantes, pero meses atrás, y a esas alturas del año ya todos se conocían. No sabía cuál iba a ser mi amigo.

Pablo, que era muy pequeño de edad y de porte, estaba sentado en el primer banco. El profesor, luego de tomar mis datos, me sentó al lado de ese estudiante porque parece que también me encontró chico. Cuando el profesor me hizo sentar, el niño con su brazo corrió todas sus cosas y me volvió la espalda. Bueno, pensé, si éste no quiere nada conmigo qué le voy a hacer. Al rato, cansado de estar murmurando solo, se volvió y me dijo: saca este pelo, y me mostró un cuaderno donde había una raya de lápiz que seguramente la primera vez que él lo vio creyó que era un pelo y después, cuando se dio cuenta de que no era así, quiso hacerme caer a mí. Yo comencé a soplarlo para ver si se corría el pelo. Entonces Neftalí, porque en esa época era Neftalí, nada de Pablo Neruda, se echó a reír. Y terminamos riendo los dos. Ese fue el primer contacto que tuvimos.

Nos íbamos juntos al colegio; yo pasaba siempre por la puerta de su casa para ir al liceo. Todas eran casas de madera, muy frágiles. Para pasar de una calle a otra había que hacer hazañas porque la ciudad era un verdadero barrial en esos años.

Como pasaba siempre con él por frente de su casa, un día la mamá, que en realidad era la madrastra pero se preocupaba mucho de él, lo atendía como un hijo y era muy escrupulosa, le dijo: convida mañana a tu amigo que venga a tomar té. Al día siguiente pasé a la hora de onces. Sentados en la mesa ella le fue echar la leche a él y no a mí. Cuando Neftalí vio eso le dijo: no, mamá, la leche póngasela a él. No, no, mi hijito, porque por lo que veo es usted el que necesita la leche, ya que su amigo está bien gordito. Su madre explicó que tenía poca leche y en vista de eso, puse mucho afán en que se la dieran a él. Después Pablo creció mucho; era alto y flaco.

Cuando volvió del Oriente lo fui a ver y estuvimos juntos. Lo fui a ver como Gilberto Concha y le llevé mi libro *Tratado del Bosque*; él no sabía que yo era Juvencio Valle. Le llevaba el libro dedicado y entonces me dijo: venga, colega. Así conoció Neruda a Juvencio Valle.

Convivimos mucho en Santiago y junto a mi mujer conocimos todas las casas de Pablo. Vi cómo construyó cada una de ellas. Cuando no teníamos casa en Isla Negra, nos pasaba la llave y nos quedábamos mientras él andaba fuera del país. Nuestros hijos lo pasaron muy bien ahí. Para el cumpleaños Pablo hacía una gran fiesta; se reunían todos los amigos que partían en grupos a Isla Negra, llegaba gente de todos lados. Al principio era una casa muy desprovista, pero con el tiempo la fue mejorando. La fiesta duraba todo el día, y continuaba al día siguiente, con almuerzo".

Pablo Neruda junto a Rubén Azócar (el más bajito).

Luis Poirot

Luis Poirot, fotógrafo de prestigio internacional y director de teatro, es autor además del libro Pablo Neruda, retratar la ausencia. *Publicación que ha sido editada tanto en Chile como en España y que próximamente lo será en Estados Unidos e Inglaterra por W.W. Norton Publishers. Simultáneamente la última edición Vogue Decoration internacional dedicó la portada y un extenso reportaje al trabajo que Poirot hizo en el libro incoporando además color.*

"Conocí a Neruda en 1969 y un año más tarde regresé a la casa de Isla Negra. De esos momentos guardé sus fotos y un recuerdo emocional muy intenso.

"Recuerdo que anduve libremente por esa casa de Isla Negra y la única condición que Neruda me puso fue que nunca lo hiciera posar.

En la segunda visita le llevé unas fotos para que escribiera un texto y me sorprendió porque sabía bastante de fotografía, no de técnica que da lo mismo, pero entendía en cuanto apreciación y le gustaba. Hablamos largamente de fotografía y me mostró libros de Cartier Bresson que tenía dedicados, de otros fotógrafos franceses y me mostró unos retratos de Rimbaud, Alan Poe, los que conservaba cuidadosamente guardados. Estos eran hechos por grandes fotógrafos y él sabía quiénes eran. Fue un diálogo muy de igual a igual en ese sentido. Luego recordé que Neruda había hecho libros de fotografía "No por nada" con Antonio Quintana y Sergio Larraín, dos de los grandes fotógrafos que ha tenido Chile.

En Isla Negra almorzamos en esa mesa del comedor donde giraban las cosas. El tenía eso de sorprender un poco a la gente, de mostrar juguetes, le encantaba que girara y pasar los platos; en todo eso había mucho de puesta en escena, pero no de manera encantadora ni prepotente. Era una cosa que tenía gracia. Estábamos con mi mujer, Carla, y ellos dos. El gozaba haciendo de barman, todo un ceremonial, para él ese lugar era el bar de trasatlántico que iba en un crucero y nosotros navegábamos en él. Era muy teatral.

Otro momento que me impresionó fue un día de invierno que estaba con Matilde conversando sobre las fotografías y ella inesperadamente se paró. Minutos después volvió con un enorme manojo de llaves. Me las pasó y dijo: Estas son las llaves de la casa de Valparaíso, esta es una casa que ha quedado tal cual; están las cosas tiradas por el suelo y quiero que la fotografíes como está. Al día siguiente traté de entrar pero no puede porque estaba oxidada la puerta, y sólo al tercer viaje conseguí abrir la puerta. Todo estaba destrozado, abandonado, había pedazos de cartas, zapatos, ropa en el suelo, era realmente impactante".

Roser Bru

Roser Bru, artista, fue una de las españolas que llegaron hace poco más de 50 años en el Winnipeg, barco que trasladó a numerosos españoles que escapaban de la guerra y fue precisamente Pablo Neruda quien organizó ese viaje.

"Los vi por primera vez cuando nos embarcamos en el Winnipeg y después muchas veces en la casa de la avenida Lynch. También vi crecer la casa de Isla Negra. La primera ampliación la hizo el arquitecto catalán Germán Rodríguez Arias. El tenía varios amigos arquitectos que lo complacían porque Neruda inventaba la arquitectura. La Sebastiana fue una casa haciéndose a medida que a él se le iban ocurriendo las cosas. Allí por ejemplo había un confesionario que para llegar se debía subir por una escalerita.

Una vez pasé un Año Nuevo en la Sebastiana; fue todo como una especie de fantasía. Estando en el puerto me dijo: Mijita, aquí en Valparaíso manda el color. Por eso pintó varias paredes exteriores de color porque él también se consideraba parte de ese lugar.

Algo que aún me causa mucha gracia es que en una ocasión hablando de un asunto y parodiando un modismo francés, *cherche la femme*, me dijo, mijita, porque usaba mucho esa expresión igual que la Hormiga, *cherche le catalan*. Desde entonces entre los catalanes amigos que están en Chile lo usamos mucho.

Me impresionaba su memoria para lo culinario, era tremenda. Sabía mucho de botánica, de pájaros, era un hombre muy curioso. En relación a la pintura era especial porque a él le interesaba sobre todo la anécdota. Tenía un espejito muy parecido a uno que hay en una pintura de Van Hyck que se llama "El Matrimonio Hernol fini" y Pablo al darse cuenta de la similitud puso al lado del espejo una reproducción de ese cuadro.

Neruda tenía una especie de intuición para los objetos, los miraba, los peleaba, aunque no tuviera plata, pero cuando la recibía u obtenía algún premio enseguida se la gastaba.

La Hormiguita era una persona maravillosa, muy discreta, a veces contaba algo. Una vez, conversando, contó que había bailado con Einstein. Ella fue muy importante para Neruda porque era amiga de Breton, de Aragón y cuando Neruda llegó a París fue ella quien lo conectó con los intelectuales franceses. Era divertida; una vez me dijo: Mira, mijita, todo debe ser demasiado, hay que pasarse de las cosas. Cuando se produjo el desencuentro con la Hormiguita y el encuentro con Matilde los amigos de Pablo se dividieron.

A Pablo le encantaba que llegara mucha gente a la casa de Lynch, que tenía siempre la puerta abierta. Para un septiembre compraron un enorme queso mantecoso para comerlo entre todos los amigos. Le gustaba que todo fuera grandilocuente.

Uno de esos días, en que había unas 30 personas y él estaba pensando cómo terminaría *Machu Picchu*, según me contó Germán Rodríguez, le preguntaba nombres de oficios de la construcción y así salieron albañil, nivel sangriento, expresiones que usó en su poema. Me parece maravilloso pensar que a pesar del gentío él estuviera pensando, trabajando, en el gran poema que es *Machu Picchu*. Cuando éramos pocos resultaba muy interesante porque él explicaba tantas cosas...

La última vez que lo vi fue 15 días antes de su muerte en Isla Negra. Era al atardecer y nos recibió en la cama; estaba lleno de planes, quería hacer una editorial, traducir al escritor de Moby Dick que tanto le gustaba.

Fundación NEMESIO ANTÚNEZ

La Sebastiana fue construida en función de los objetos y era toda una hazaña poder 'encaramarse' hasta esa casa. El primer nivel era el estar y el bar, luego estaba el dormitorio y en el último piso se encontraba el sitio donde él preferentemente escribía. Porque lo cierto es que lo hacía en cualquier parte.

Con tristeza, Neruda recuerda en el capítulo Cristales Rotos de sus Memorias la destrucción que sufrió la Sebastiana a causa del terremoto de 1960. "*Hace tres días volví a entrar, después de una larga ausencia, a mi casa de Valparaíso. Grandes grietas herían las paredes. Los cristales, hechos añicos, formaban un doloroso tapiz sobre el piso de las habitaciones. Los relojes, también desde el suelo, marcaban tercamente la hora del terremoto. Cuántas cosas bellas que ahora Matilde barría con una escoba; cuántos objetos raros que la sacudida de la tierra transformó en basura.*

Debemos limpiar, ordenar y comenzar de nuevo. Cuesta encontrar el papel en medio del desbarajuste; y luego es difícil hallar los pensamientos".

Con posterioridad a su muerte esta casa sufrió daños considerables al ser saqueada. Muchos objetos fueron robados y otros simplemente destrozados. El desbarajuste continúa y la torre está cerrada.

Isla Negra, "mi casa de trabajo"

Sobre este lugar hay personas que cuentan que Matilde le tenía un poco de celos porque era muy querida por Neruda. El compró en 1939 una cabañita construida por Eladio Sobrino, quien a ese lugar que no tenía nombre lo había bautizado como Las Gaviotas.

Pero cuando llegó Pablo Neruda puso un cartel que decía Isla Negra; al aparecer don Eladio cambió nuevamente el letrero y colocó uno que decía Las Gaviotas, y así se lo llevaron. Finalmente un día don Eladio le dijo: "Ya, don Pablo, usted gana; que se quede con el nombre de Isla Negra".

En sus Memorias recuerda: "*Comencé a trabajar en mi* Canto general. *Para esto necesitaba un sitio de trabajo. Encontré una casa de piedra frente al océano, en un lugar desconocido para todo el mundo, llamado Isla Negra. El propietario, un viejo socialista español, capitán de navío, don Eladio Sobrino, la estaba construyendo para su familia, pero quiso vendérmela. ¿Cómo comprarla? Ofrecí el proyecto de mi libro* Canto general, *pero fue rechazado por la Editorial Ercilla, que por entonces publicaba mis obras. Con ayuda de otros editores, que pagaron directamente al propietario, pude por fin comprar en el año 1939 mi casa de trabajo en Isla Negra*".

El origen del nombre no se sabe que lo haya explicado Pablo Neruda, pero se cree que la respuesta está en las cartas que se escribió con Héctor Eandi desde Java. En una de ellas dice que le gusta mucho pasear por la playas de Java observando la isla negra de Sumatra, por lo que es posible que la idea le naciera de ese recuerdo.

Se ha mantenido todo lo más similar a como estaba cuando Neruda vivía; sólo se han incorporado calefacción, alarma y detector de personas.

En un torreón se conserva la primera cama, que según cuentan no le gustaba porque no tenía una buena vista del mar. Sobre ella hay cojines con anclas bordadas y el techo es abovedado. Todo recuerda el interior de un barco. En ese torreón hay un escritorio largo donde escribió *Las Alturas de Machu Picchu*. "*La idea de un poema central que agrupara las incidencias históricas, las condiciones geográficas, la vida y las luchas de nuestros pueblos, se me presentaba como una tarea urgente. La costa salvaje de Isla Negra, con el tumultuoso movimiento oceánico, me permitía entregarme con pasión a la empresa de mi nuevo canto*".

Afuera, antes de entrar al living, en un tablón está escrito: "Regresé de mis viajes... construyendo la alegría", firmado con las iniciales de Pablo y Matilde.

Para Neruda el mar fue prácticamente una obsesión, que está presente en todas sus casas y sus obras. En el Memorial él escribió: "*Necesito de mar porque me enseña;/no sé si aprendo música o conciencia:/no sé si es ola sola o ser profundo/o sólo ronca voz o deslumbrante /suposición de peces y navíos./El hecho es que hasta cuando estoy dormido/de algún modo magnético circulo/ en la universidad del oleaje*".

En esta casa están guardadas las lápidas que compró Matilde antes de morir, ya que el sueño de Neruda era quedar enterrado frente al mar. El sitio exacto corresponde al que hoy ocupa un enorme asiento de piedra y allí serán trasladados los restos de ambos.

En el living viven sus mascarones, cada uno de los cuales tiene su nombre, según el barco que lo traía o el que Neruda le escogió: Medusa, María Celeste, Micaela, los llamó. "*Yo tengo mascarones y mascaronas. La más pequeña y deliciosa, que muchas veces Salvador Allende me ha tratado de arrebatar, se llama María Celeste. Perteneció a un navío francés, de menor tamaño, y posiblemente no navegó sino en las aguas del Sena. Es de color oscuro; tallado en encina; con tantos años y viajes se volvió morena para siempre. Es una mujer pequeña que parece volar con las señales del viento talladas en sus bellas vestiduras del Segundo Imperio. Sobre los hoyuelos de sus mejillas, los ojos de loza miran el horizonte. Y aunque parezca extraño, estos ojos lloran durante el invierno, todos los años. Nadie puede explicárselo. La madera tostada tendrá tal vez alguna impregnación que recoge la humedad. Pero lo cierto es que esos ojos franceses lloran en invierno y que yo veo todos los años las preciosas lágrimas bajar por el pequeño rostro de María Celeste*", relató en *Confieso que he vivido*.

Sobre la mesa atrae la atención una curiosa colección de coloridas patas de piano. Dos ángeles, réplicas de la Capilla Sixtina, cuelgan en el living. Sobre la chimenea se encuentran tres figuras orientales que siempre lo acompañaron.

Pasando al comedor se pueden ver otros dos mascarones: Jenny Lind y el capitán Morgan. El comedor de techo abovedado recuerda nuevamente un barco. Sobre la mesa hay una enorme botella que contiene cognac y que no se ha podido abrir porque aún no se ha encontrado la llave.

Para llegar al dormitorio principal es necesario subir al segundo piso, donde se encuentra la cama siempre en diagonal, para tener una perfecta vista del mar. Al lado está su catalejo y un juguete con forma de abejita que lo acompañó desde su niñez. De esta cama se lo llevaron en ambulancia a Santiago y después de cuatro días murió en la Clínica Santa María el 23 de septiembre de 1973.

Hay una mesita y sillones mexicanos donde escribía. En parte de las ventanas utilizó vidrios de colores porque le gustaba mirar el mar de todos los colores. En el armario cuelgan los coloridos ponchos que usaba en Isla Negra y también alguna otra ropa como el frac que usó al recibir el Premio Nobel; la toga de Doctor Honoris Causa que le entregó en 1965 la Universidad de Oxford. Su traje de huaso y su chaqueta roja que usaba en el bar, además de sus sombreros para disfrazarse.

Bajo este dormitorio se encuentra el bar donde él no permitía que nadie se acercara. Allí muchas cosas son de broma, como un mascarón de plástico que compró en Nueva York. Las mesas y sillas las obtuvo de un desguace de un barco español. En las vigas del techo están escritos los nombres de sus amigos ya muertos. Neruda los escribía con una tiza y su maestro Rafita los tallaba. Se encuentra en este bar la colección de 268 botellas traídas principalmente del mercado de las pulgas de París.

"*En mi casa he reunido juguetes pequeños y grandes, sin los cuales no podría vivir. El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. He edificado mi casa también como un juguete y juego en ella de la mañana a la noche.*

Son mis propios juguetes. Los he juntado a través de toda mi vida con el científico propósito de entretenerme solo. Los describiré para los niños pequeños y los de todas las edades", apuntó en sus memorias en Botellas y mascarones.

El aperitivo él acostumbraba a tomarlo en un bote que hay fuera del bar, al cual debían subirse todos los invitados.

"Lo mejor que coleccioné"

En otro sector de la casa, separado del anterior, se encuentran otras colecciones: máscaras africanas, barcos en botellas, calientapiés de loza, estribos tallados, instrumentos musicales, pipas y diabladas mexicanas.

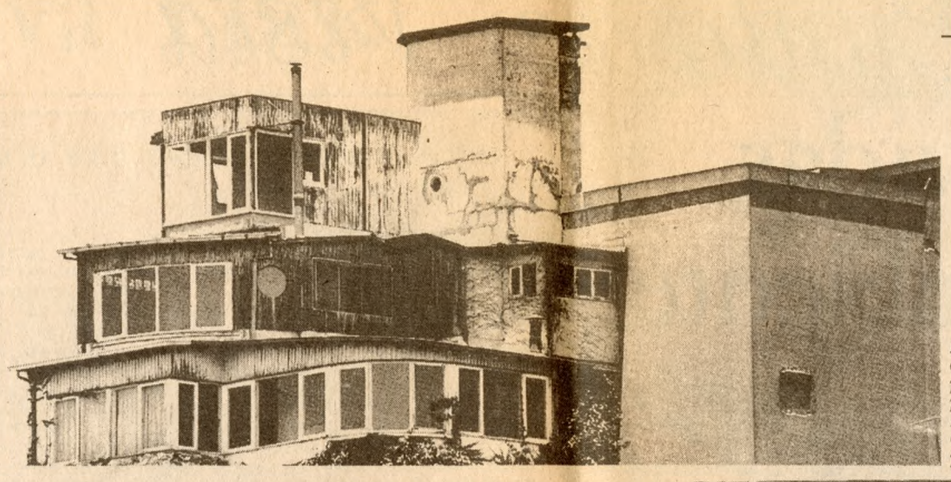
En el estar de esta zona se levanta un mural de lapislázuli y cuarzo también de María Martner. Llama la atención la presencia de un lavamanos, que utilizaba siempre antes de instalarse a escribir.

En este mismo sector se ubicaba una que después destinó a sala de mar. Hay instrumentos de navegación que datan de 1800. Y sólo algunas caracolas, ya que regaló 6.400 a la Universidad de Chile cuando cumplió 50 años. "En realidad, lo mejor que coleccioné en mi vida fueron mis caracoles. Me dieron el placer de su prodigiosa estructura: la pureza lunar de una porcelana misteriosa agregada a la multiplicidad de las formas, táctiles, góticas, funcionales".

Dejó otra colección de 700 moluscos que se exhibirán en una sala que se está terminando.

El caballo de Neftalí, el que pasaba a mirar a esa talabartería de Temuco, fue rescatado de un incendio para el poeta. Se restauró y pintó como si estuviera saliendo de las llamas. Mas fue tanto el entusiasmo por arreglarlo que el animal quedó con dos colas.

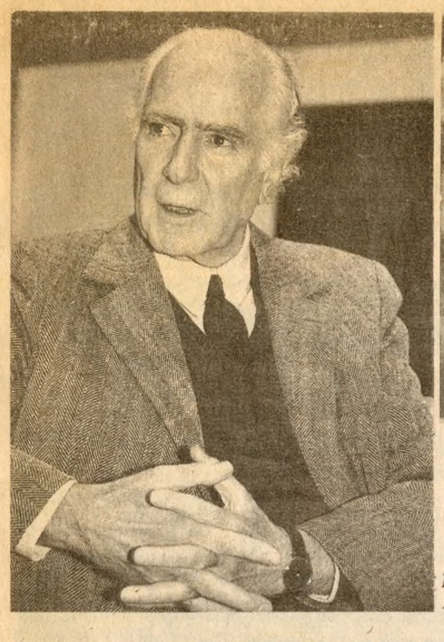
El último y más pequeño rincón de esta casa es la covacha, sitio preferido de Neruda y donde reunió lo más querido. Ahí se encuentra un escritorio que hizo de una madera que botó el mar. Un día estaba en su dormitorio y le comentó a su mujer: "Matilde, ahí viene mi escritorio", mientras observaba a través de su catalejo una tabla que flotaba en el agua.



La Sebastiana, que se encarama por el cerro pegada al teatro Mauri, allá en el Cerro Florida, del puerto.

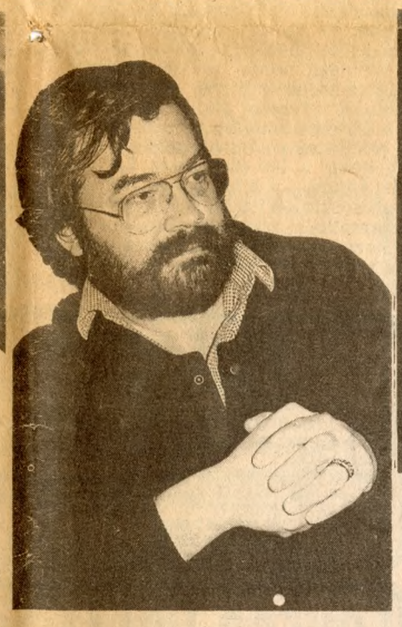
El bote, las botellas, los pescados, algunas de sus cosas en Isla Negra. En ese bote los amigos acostumbraban a tomar el aperitivo.

El living de La Chascona, donde está el cuadro que el artista mexicano Diego Rivera pintó de Matilde, la Medusa o La Chascona.

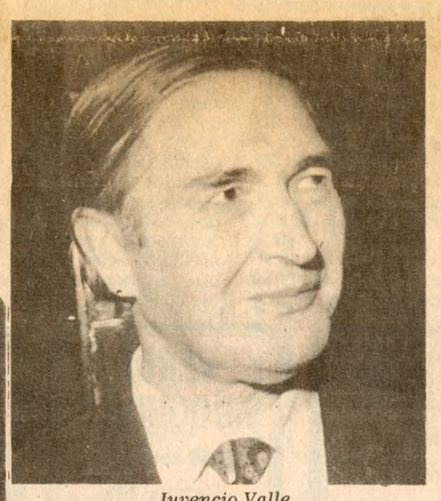


Nemesio Antúnez.

Roser Bru.



Luis Poirot.



Juvencio Valle.

Tuvimos que esperarlo hasta las seis porque su ritmo de trabajo era muy propio. Trabajaba durante la mañana y después de almuerzo dormía. A eso de las seis Pablo volvía a vivir".

Nemesio Antúnez

Nemesio Antúnez, pintor, grabador, fundador del Taller 99 y director del Museo de Bellas Artes.

"La imaginación del poeta estaba siempre en acción, no olvido, íbamos en auto hacia el Cerro San Cristóbal, de repente Pablo dice: Matilde, ¿dónde irá ese perro tan preocupado con la cola entre las piernas? Sígalo. En realidad era evidente que el perro tenía que resolver un problema; después de tres cuadras de recovecos por Bellavista lo perdimos; quedamos preocupados y sonrientes. Cuento esta anécdota porque revela el humorismo, la picardía, el espíritu que creaba.

Sus casas son poesías, la lista de ellas es larga, porque tenía siempre necesidades nuevas, ideas urgentes.

En Isla Negra está el dormitorio donde enfermó y sufrió. A su cama le hizo una tarima para ver mejor el mar. Se divertía en sus últimos días con una teleserie de una joven italiana que buscaba algo: "No te la pierdas", me decía malicioso, "hay que ver estas cosas". Debajo de este ahora triste dormitorio estaba, en contrapunto: "El Bar", con el mesón donde él atendía y preparaba sus "coctelones" diabólicos. Las reuniones en su casa siempre las atendía desde el bar con distintas chaquetas y sombreros, el poeta melancólico de los 20 poemas se transformaba en un feliz anfitrión lleno de gracia. Neruda, cuando veía un objeto que le hacía gracia, tenía que obtenerlo, era un vértigo infantil; así llegó a tener objetos elegidos en gran abundancia, como torrencialmente abundante es su poesía. Los ventanales del bar con estanterías, con filas de botellas con agua que él mismo teñía de distintos colores, botellas en forma de sirena, torero, pescado, manos, señoras o paraguas —inscripciones incisas en las vigas con el nombre de sus amigos desaparecidos, desde el Ratón Agudo hasta Rubén Azócar, pasando por Jorge Sanhueza—. No era un coleccionista, no conseguía cosas para "almacenarlas", no; cuando encontraba algo en el mercado de México o en el de las pulgas en París, o sótanos de Valparaíso, era para colocarlo en su casa, era para usarlo. Neruda era un constructor, un decorador sui generis, creador contra la corriente, único; no era austero, era desbordante.

Sus casas eran antifuncionales, la de "*La Chascona*", hoy sede de la Fundación Neruda, tiene 3 niveles, no 3 pisos, sino que 3 casas diferentes, a distintas alturas, en la ladera sur del San Cristóbal.

En la casa tripartita, antifuncional pero hermosa, acogedora, Neruda está expresado en la totalidad y en cada rincón su poesía; su personalidad está ahí intacta, viva. Por todas partes pinturas ingenuas, esculturas africanas, tarjetas postales, pinturas, naturalezas muertas del siglo pasado. Ahí reuniones alegres, inesperados encuentros y humor; humor en las paredes y en la conversación trascendente.

Otra casa es la de *Valparaíso*, otra aberración arquitectónica, incómoda y simplemente maravillosa. Neruda era amigo de un español, dueño del cine Mauri, en un cerro de Valparaíso, frente al puerto. El cine es un cubo moderno de los años 30, de cemento gris, con un pasaje lateral; hacia el fondo vive su amigo, el Dr. Velasco, justo detrás del cine. Neruda concibió construir su casa en varios pisos superpuestos sobre la del doctor, todos adosados al muro trasero del cine hasta llegar al techo, y allí, sobre la losa del cine, tener su biblioteca luminosa, con techo de plástico verde; éste fue el primer domicilio del caballo embalsamado de su niñez temucana. El objetivo único de esta casa y su diseño es "ver el Puerto"; cada espacio, cada cuarto de esta casa mira al mar; desde su cama él miraba el puerto. Amaba el puerto y la ciudad, admiraba sus mercados, sus restaurantes y, especialmente, los mariscos y pescados con vino blanco. El "Flora Norero" le correspondía con sus reservados.

El terremoto y malhechores malograron estas casas extraordinarias y digo bien *extra*-ordinarias; son producto de una mente imaginativa y constructora. Es cierto, existió un Gaudí en Barcelona que ejecutó catedrales y palacios excepcionales, únicos, y cierto "Facteur Cheval", cartero del sur de Francia, hizo en cambio casas con muros de fondos de botellas. Ni catedrales ni casas de botellas, Neruda en Chile nos dejó en cambio una arquitectura de materiales modestos, perecibles, pero que con la paciencia de maestros y obreros y el consejo de arquitectos amigos que interpretaron dentro de lo posible sus ideas, su poesía de murales de piedra de color, escaleras de caracol, ventanales al mar, trilladoras en el jardín y anclas enormes, prevalecerán como un arte, una expresión fantástica, original, única, que debemos preservar para la posteridad.

Amante de los puertos y los barcos mercantes, este poeta de las palabras y la vida tendrá un día un puerto con su nombre, un puerto de lanchones y grúas.

Es necesario en Chile un Puerto Neruda. Es justicia".

Lavinia Andrade

Lavinia Andrade, Lala, fue la primera mujer de Rubén Azócar y a través de él conoció a Pablo, con quien mantuvo amistad hasta 1945, cuando se separó de su marido. A uno de sus hijos Neruda lo bautizó con el nombre de Mapocho.

"Rubén Azócar, quien por esos años trabajaba como profesor en México, al regresar a Chile encontró a Pablo muy mal y se lo llevó a Ancud. Se instalaron en el Hotel Nilsson y Pablo se quedó casi por un año.

Cuando Pablo volvió de Oriente con Maruca, su primera mujer, se puso a buscar a Rubén. De casualidad nos encontramos en la calle en pleno centro. Los dos se dieron unos enormes abrazos. Esa fue la primera vez que yo vi a Pablo.

Maruca era una mujer muy alta, no bonita, pero de ojos muy azules y recuerdo que silbaba precioso. Nos íbamos a restaurantes a comer goulash y graciosamente Maruca pedía chicha. Ese primer tiempo vivieron en un departamento interior frente al Congreso.

Para mí, como isleña chilota, este mundo de los artistas era fascinante. Recuerdo a gente como Acario Cotapos, Julio Ortiz Zárate, Rojas Jiménez, Pachín Bustamante, Rosamel del Valle, Diego Muñoz, Tomás Lagos, la Lola Falcon, todas personas maravillosas.

Después Pablo se fue a España, se separó de Maruca y conoció a Delia. Se casó con ella y vino para Chile. La Hormiguita era una bellísima persona que adoraba a Pablo y que nunca dejó de acompañarlo. El era de lo más regalón. Ellos se instalaron en un piso al lado de la embajada norteamericana en el Parque Forestal, en la esquina donde hay un edificio viejo con la puerta curva. De ahí se fueron a Irarrázaval con Pedro de Valdivia y después Pablo compró la casa de Michoacán.

Nos íbamos en unos carros hasta la plaza Los Guindos y esos locos amigos me hacían tocar la guitarra y cantar; entonces cualquier poeta se paraba y pasaba el sombrero. No recuerdo qué hacían con la plata; tal vez se la daban a alguno que seguro le hacía falta. De repente llegaban todos los amigos con las corbatas cortadas, todos. Pablo tenía unas fiestas llenas de amigos, pero si alguien no le interesaba, era bastante frío. Siempre fue de izquierda, pero tenía amigos de todas las tendencias.

A Pablo le encantaba que yo cantara; había varias canciones que a él le gustaban mucho como, la Barcarola. Yo era la menor de 10 hermanos y me crié en una casa muy llena de canto, de música. Siempre quería que cantara una que aprendí en la escuela en Chonchi, que dice: "*De duelo todos están/ en los indianos alcores,/ los verdes ulmos sin flores/ sin flores el arrayán/ de duelo todos están./ Por un guerrero de Angol/ abandoné mi cabaña/ dejé mi ruca sin sol/ sin copihues ni montaña/ por un guerrero de Angol./ Llora, llora, corazón,/ su inconstancia y su traición,/ llora, manso Biobío,/ llora, llora, corazón*".

Era un gordo gozador; gozaba de estar acompañado. El quiso mucho al ser humano, al sexo femenino; adoraba a la mujer, para él era lo más bello.

El quería mucho a Rubén, eran como hermanos; tal vez por ese amor enorme que sentía por la Albertina. A ella la conoció en el Pedagógico, donde estudiaban juntos. Rubén en castellano, Albertina, francés, y la Adelina, inglés.

Yo recuerdo que un día le pregunté: Pablo, ¿tú por qué nunca te casaste con la Alber? "Mira, yo le escribí a la Albertina Rosa diciendo que la esperaba en Java para casarme con ella. Le propuse que cambiara los pasajes que la Universidad de Concepción le había dado para ir a Lovaina, y cuando yo hiciera el primer negocio como cónsul, se devolvía esa plata a la universidad". Pablo tenía hasta los padrinos listos en Java. Pero al parecer alguien se quedaba con las cartas en el consulado en Bruselas y la Alber no las recibía. Sólo que un día él recibió un cable de Albertina que decía: Salgo para Chile, vuelvo a la Universidad de Concepción. Entonces pensó: La Alber no me quiere. Y a los 20 días se casó con la Maruca. Esa conversación la recuerdo como si la estuviera oyendo".

FNA Fundación NEMESIO ANTÚNEZ